



La herida imaginaria

Berta
Dávila



DESTINO

La herida imaginaria

Berta
Dávila

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1626

© Berta Dávila, 2024
Autora representada por The Ella Sher Literary Agency

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com
www.edestino.es

Primera edición: enero de 2024
ISBN: 978-84-233-6445-9
Depósito legal: B. 20.297-2023
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

I

Las horas eran ligeras como esponjas de baño

Traje a Cleo y Rob a casa una semana después de que mi padre muriera. Cleo y Rob son dos peces naranjas de agua dulce y los encontré a la venta en un acuario mugriento junto al mostrador de la tienda de animales. Yo iba buscando otra cosa, algo que tuviese un corazón caliente y un pelaje suave, algo como un gato. Luego la dependienta me convenció de que los peces no dan ningún trabajo y de que ofrecen la misma compañía que un gato y exigen mucho menos compromiso. Me pareció la señal definitiva.

Pasé mucho tiempo tratando de determinar cuál era el ejemplar al que estaba predestinada; escogiendo. Señalé con el dedo el más asustadizo.

—Uno solo es aburrido —dijo la dependienta. Y capturó otro cualquiera con una especie de cazo que recordaba a un cucharón de servir sopa. Me dio los dos en una bolsa de plástico llena de agua, cerrada por arriba con una cinta pegajosa. No me quiso cobrar nada por ellos. A mí me produjo cierto alivio no tener que pagar por sentirme acompañada.

En lugar de comprar un acuario, los acomodé en

un florero ancho de vidrio esmerilado que mi hermana Beatriz me había regalado tiempo atrás. Lo puse en la repisa de la ventana de mi dormitorio para poder observarlos lateralmente, atravesados por los rayos de luz que venían de fuera. Esa luz era todavía pálida y otoñal cuando los peces llegaron, pero intuí que con los atardeceres violetas del mes de agosto la imagen resultaría preciosa de verdad. El cristal curvado del florero fragmentaba el contoneo de sus cuerpos en configuraciones visuales insólitas. Si el agua estaba limpia, mirar los peces se parecía a mirar las luces de un árbol de Navidad con un caleidoscopio. Y si se enturbiaba después de varios días sin cambiarla, por lo menos la escena no era tan repugnante como podría ser.

Al principio, Cleo y Rob no tenían ningún nombre y yo me refería a cada uno en función de sus atributos, lo que me obligaba a confrontarlos continuamente y a escoger entre las cualidades de ambos no solo aquellas que los diferenciaban, sino las que los oponían de manera decidida. Los llamaba, por ejemplo, «el ansioso» y «el flemático», o «el gordo» y «el escuálido», pero nunca «el brillante» y «el un poco menos brillante —aunque bastante brillante, en todo caso».

Después, mi sobrina Ada improvisó esos dos nombres. Aquellos días llevaba a todas partes una enciclopedia ilustrada de tapa dura que Beatriz le había comprado en una caja de saldos editoriales. Estaba aprendiendo a leer. Solía señalar cada palabra escrita, en un libro o en cualquier lugar, y decir con mucho esfuerzo algunas sílabas, antes de pasar

a otra palabra o a otro asunto. Abrió la enciclopedia por las primeras páginas, sobre el mundo egipcio, y dijo primero «Cleo». Luego recaló en el apartado dedicado a la Revolución francesa al final del tomo, presidido por la bandera tricolor y por un retrato de Maximilien Robespierre.

—Rrroo, rrob —balbuceó.

No recuerdo si llegó a decir el nombre completo. En todo caso, era demasiado largo para un pez y adopté sin reservas Cleo y Rob como nombres definitivos. Me pareció apropiado que no significasen nada especial para nosotras.

Alimentar a Cleo y Rob se convirtió en uno de mis rituales favoritos. Despertaba a diario imbuida de un sentido del deber que nunca antes había experimentado, así que me tomaba muy en serio todos los aspectos del proceso. Al tiempo de preparar el café del desayuno, seleccionaba con unas pinzas cinco o seis escamas de un bote de comida para peces y las depositaba con delicadeza sobre la superficie del agua en el florero, como si fueran los continentes recién divididos de Pangea. Cleo y Rob emergían audaces desde donde estuvieran en cuanto percibían la vibración de las escamas en el agua, pero ella era más voraz que él y con frecuencia engullía la mayor parte de las escamas antes de que Rob pudiese atrapar alguna. Entonces yo esperaba a que Cleo estuviera entretenida en América del Norte o más allá y le ofrecía a Rob escamas adicionales en Oceanía. Era importante para mí proporcionarles una cantidad de alimento similar.

No recibía nunca visitas, excepto las de mi her-

mana. Aparecía cada jueves con Ada, después de recogerla en el curso de natación. Llegaban bien entrada la tarde porque siempre tenían recados inaplazables que hacer y se marchaban temprano porque no querían causarme ninguna molestia. En realidad no me molestaban, pero tampoco deseaba que los encuentros se prolongasen. La armonía de mi vida doméstica con Cleo y Rob era una frágil pompa de jabón, y temía que una presencia excesiva de ellas dos hiciese que todo lo que había construido desapareciera en el aire con un estallido discreto.

A veces, cuando Beatriz preguntaba «¿Qué tal estás?», me parecía notar algo en la modulación de la frase, tal vez una leve inflexión afligida que funcionaba a modo de advertencia, indicándome que mi hermana tenía la tentación de hablar conmigo de cómo nos sentíamos. En esos casos yo eludía responder y me interesaba por los progresos de Ada en el curso de natación y por si todavía le tenía miedo al agua. Al escuchar su nombre, ella llenaba el lugar que antes ocupaban mis recelos con una charla liviana y entusiasmada, y Beatriz regresaba a una conversación de poca trascendencia. Me agradaba el olor a piscina y a sándwich que Ada dejaba en las habitaciones cuando las dos por fin se marchaban y yo volvía a quedarme sola.

Me ganaba la vida como redactora de contenidos digitales. La empresa en la que mi hermana trabajaba se dedicaba a alimentar páginas web de muy diverso tipo con artículos que generasen visitas. Ella me había conseguido el trabajo. Yo producía

cada semana, por encargo, un número variable de textos de distintas temáticas, dependiendo de las necesidades. Algunas veces podía escoger o descartar argumentos, y me interesaban especialmente los temas prosaicos, los artículos cuya única finalidad era alargarse durante un número más o menos extenso de líneas para explicar que es mejor llevar una dieta saludable que no llevarla, que es más agradable vivir en un apartamento luminoso que en un tugurio o que serás una persona más sabia si dedicas tu tiempo a aprender cosas.

Apenas salía de casa. Solo hablaba con los reparadores que me traían la compra semanal y con mi vecino Monti, que se pasaba el día acechando en la escalera en busca de contacto humano. Había llegado a conocer a Monti bastante bien. Sabía, por ejemplo, que gastaba fortunas en apuestas deportivas, que tenía una marca de nacimiento en medio del pecho con forma de corazón y que esa marca no estaba colocada exactamente sobre el lugar del corazón sino un poco más a la izquierda, como si fuera un error de señalización. Los tres eran asuntos que él no podía evitar y de los que no se sentía orgulloso. A mí me parecía que la vida de Monti no tenía lugar fuera de la escalera y que todo lo que conocía sobre él estaba perfectamente relacionado: su dedicación a las apuestas deportivas con su inexistencia y la marca de nacimiento con su destino solitario.

De cualquier forma, lo habitual era que nuestras conversaciones fuesen circunstanciales. Le hablé de Cleo y Rob poco después de traerlos y él me sugirió que me hiciera con un paquete de elementos deco-

rativos para acuarios. Encontré uno en la sección de complementos para mascotas del supermercado online y lo encargué enseguida. En cuanto lo tuve en las manos abrí la bolsa emocionada y atenta a las posibilidades que ofrecía cada pieza, componiendo de manera irreflexiva un inventario de oportunidades de juego. Incluía un pequeño cofre del tesoro, un submarino azul neón, un buzo articulado, una sirena espléndida y cinco algas de colores refulgentes, todo de plástico.

Con aquellos juguetes creaba escenas interesantes dentro del florero. Colocaba el cofre en el fondo, entre las algas, y el buzo encima del cofre, sosteniendo el submarino con los brazos extendidos. Formaban una pequeña torre y el periscopio asomaba sobre la superficie del agua —me gustaba pensar que los tripulantes hipotéticos del submarino observaban a través de él lo que sucedía en mi apartamento—. La sirena, en cambio, debido a la morfología inestable de su cuerpo, tenía que apoyarla con cierta destreza aprovechando las curvas del cristal, para que se mantuviera en posición vertical y no pareciera un cadáver abandonado. Después ingeniaba un pretexto narrativo que justificase su posición alejada del grupo. Me acostaba en la alfombra, acomodada entre cojines, y cerraba los ojos para imaginar sucesos que ocurrían entre los personajes de aquellos decorados. Algunas veces me quedaba dormida presa de una fascinación tranquila y cautivadora, empachada de sueño e invención, y con la sensación de estar experimentando una especie de trance. Los decorados dura-

ban pocos minutos porque era urgente retirarlos del agua para que Cleo y Rob tuvieran espacio suficiente para nadar, pero perduraban durante días en mis fantasías.

Sin demasiado esfuerzo, con el paso de las semanas perdí el interés por cualquiera de las actividades con las que ocupaba el tiempo antes de que mi padre muriera, para sustituirlas por la observación de los peces y el resto de las tareas relacionadas con ellos. Adquirí una nueva y reconfortante perspectiva sobre mi propia importancia: por fin yo era esencial para la supervivencia de otros. Complacida con esa expectativa, disfrutaba de todas las diversiones que era capaz de inventar para estrechar mi vínculo con Cleo y Rob. Ellos dos se comportaban como criaturas felices y ociosas. Parecían satisfechos con la suerte de vivir junto a mí, que los quería tanto. Más allá no había ninguna cosa de la que preocuparse.

Una noche particularmente fría, tuve la ocurrencia de abrigar el florero donde nadaban Cleo y Rob con una bufanda que había pertenecido a mi última compañera de piso, Paula. No pensaba en ella desde que se fue, un día antes de que mi padre muriera. La habían seleccionado para participar en un programa de televisión, «Tu gran sueño», y desde ese momento yo no había vuelto a saber nada de ella. El programa era del tipo «un concursante incauto, diferente en cada episodio, supera una yincana de pruebas cada vez más vergonzosas o repulsivas».

Las pruebas eran eliminatorias y el objetivo era alcanzar la prueba final, la más vergonzosa y repulsiva de todas. Si el concursante superaba también esa última, obtenía como premio una cantidad de dinero que bastaba para cumplir su gran sueño, daba igual cuál fuera. Poco después de recibir la llamada, mientras hacía las maletas y guardaba en cajas todo lo que no cabía dentro de ellas, le pregunté a Paula cuál era su gran sueño y me dijo que era participar en un programa de televisión.

Paula había trabajado algún tiempo vestida de conejito rosa en un centro comercial. Salía cada tarde de nuestra casa con un voluminoso disfraz de peluche, al principio dentro de dos bolsas grandes —una para la cabeza y otra para el cuerpo— y poco después, cansada de disimularlo, ya con ambas partes del conejito entre los brazos, como si no llevase un traje, sino el pellejo real de un animal momificado. Se colocaba durante horas en las zonas de más tránsito del edificio, en el vestíbulo o junto a los ascensores, con una bandeja de aspecto campestre, para ofrecer una degustación de palitos de zanahoria a los visitantes. Representaba, así vestida, a una marca de refrigerios veganos, y no tenía mucho éxito. Tal vez porque puede ser contradictorio ofrecer refrigerios veganos vestida de conejito, tal vez porque los palitos de zanahoria envasados no eran seductores desde ningún punto de vista.

No dejó muchas cosas en el apartamento, a pesar de que cuando una persona se marcha de cualquier lugar donde ha pasado cierto tiempo —vivimos juntas casi dos años— suele abandonar allí una

gran cantidad de objetos personales, pero sí aquel disfraz, extendido sobre la cama donde dormía. Me dijo que alguien pasaría a recogerlo. Eso nunca sucedió y yo no sabía qué hacer con él, pero tampoco me importaba, aunque le confiriese al cuarto libre un aspecto de velatorio perpetuo. Paula era ordenada —creo que me gustaba por eso—, así que tampoco se desentendió de un rastro de bolígrafos, recibos y prendedores de pelo. Solamente olvidó vaciar un cajón lleno de pañuelos, gorros, guantes y bufandas, donde también encontré algunas monedas, la tarjeta de una tarotista —Marián Rubí— y la de un odontólogo —el doctor Balea.

Guardé las monedas y me deshice de las tarjetas. Luego, entre las bufandas, escogí una de flores y le di a la tela forma de nido alrededor del florero de Cleo y Rob, arrojando el recipiente por la parte de abajo. Calculé que, si cubría por completo el cristal, los peces se quedarían anegados en la oscuridad, y no quería que mi diversión interfiriese con su bienestar. A partir de ese momento revolvía en el cajón de Paula a diario para renovar las prendas con las que vestía el florero. Los cambios de indumentaria animaban la decoración de mi dormitorio, por lo demás sobria y poco interesante.

La austeridad y la moderación eran la quintaesencia de mi carácter. Apenas tenía gastos —no tenía coche, no tenía amigos, no me gustaba ir al cine ni comer en restaurantes—. Tampoco tenía aspiraciones. Pagaba muy poco por mi apartamento, que era húmedo y oscuro en otoño pero también fresco en verano. En todo caso me parecía

mejor que vivir en la casa de Soutelo con mi padre. Me fui de allí porque me aburría. Y porque Beatriz se había marchado antes y hay personas que no hacemos otra cosa que perseguir una estela. Luego resultó que también me aburría en la ciudad, pero entonces ya no tuve ganas de mudarme de nuevo.

Cuando Beatriz le habla a Ada de Soutelo, le dice siempre que es el lugar de donde venimos y, más raramente, que Soutelo es nuestra aldea. Ella decidió que lo mejor sería vender la casa de mi padre y a mí me pareció bien, aunque también pensé que seguramente no valiese mucho y que, además, una vez vendida, a nosotras tres no nos quedarían lazos con nada. De todas formas no es algo que tenga importancia ahora. Tampoco guarda relación con Cleo y Rob, con su porte distraído, con su nado encantador, con nuestras rutinas felices.

Mi mundo era un lugar sereno y con significado. Los peces determinaban un modo distinto de entender la dimensión de los días, pero también la apariencia de los lugares. Cumplía horarios, comía frutas y verduras, el apartamento estaba siempre limpio y recogido. Algunas tardes era capaz de redactar sin distraerme un artículo impersonal sobre los objetos que no pueden faltar en tu maleta para viajar a Malta, sobre las series de hospitales más longevas de la historia de la televisión o sobre el auge de las criptomonedas. Algunas mañanas lograba también hacer ejercicio en una bicicleta es-

tática. Los objetos que me rodeaban y sus sombras tenían un aspecto agradable. Las nuevas tareas formaban parte de un universo completo con normas propias, un paraíso autosuficiente. Dentro de él las horas eran ligeras como esponjas de baño.